



Movimientos ciudadanos del siglo XXI: Aportes para su conceptualización

[Citizens movements in the twenty-first century:
Towards a conceptualization]

Rocío Annunziata 

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Universidad Nacional de San Martín y Universidad de Buenos Aires.

Resumen

En distintos lugares del mundo estamos viendo surgir protestas y movimientos ciudadanos que ponen en cuestión el funcionamiento de las democracias, tanto de las que se consideraban jóvenes como de las maduras o establecidas. Este artículo se propone abordar los aportes realizados por la teoría política para conceptualizar estos movimientos ciudadanos contemporáneos. Primero, se revisan algunos de estos aportes teniendo en cuenta los rasgos que los estudios les atribuyen a estos movimientos: acción conectiva, auto-comunicación de masas, rechazo de las mediaciones políticas tradicionales, singularidad, carácter narrativo-expresivo, y contra-democracia, a los cuales agrego el carácter meta-democrático que demuestran algunos de estos movimientos que podríamos calificar de postsociales, como se intentará mostrar. Luego, se presentan algunas experiencias recientes para profundizar en los matices y diferencias que es posible establecer al interior del amplio abanico de los movimientos ciudadanos.

Palabras clave: movimientos ciudadanos, contra-democracia, acción conectiva, movimientos sociales, redes sociales.

Abstract

Protests and citizens movements contesting the very functioning of democracies have been erupting around the world, not only in countries considered as young democracies, but in those where democracy is more mature and established. This article addresses the contributions made by political theory to conceptualize these contemporary citizens movements. A selection of these contributions are reviewed in order to identify the features that authors attribute to these movements, including connective action, mass self-communication, rejection of traditional political mediations, singularity, narrative expression, and counter-democracy. To these is added the meta-democratic nature exhibited by some of these movements, which could in certain cases be described as post-social. A number of recent experiences are then analyzed in order to explore the nuances and distinctions that may be identified within the wide range of citizens movements that have taken place.

Keywords: citizens movements, counter-democracy, connective action, social movements, social networks.

Contacto: La comunicación sobre este artículo debe ser enviada a Rocío Annunziata, email rannunziata@unsam.edu.ar

Financiamiento: Esta investigación contó con apoyo del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de la Nación (MINCyT), Proyecto PICT2016-0768.

INTRODUCCIÓN

En distintos lugares del mundo vemos surgir protestas y movimientos ciudadanos que ponen en cuestión el funcionamiento de las democracias contemporáneas, tanto de las que se consideraban jóvenes como de las maduras o establecidas. Francia y Chile se han visto sacudidos recientemente por protestas, acampes, asambleas y movilizaciones masivas de la ciudadanía en rechazo del sistema político en su conjunto, sumándose a otros movimientos que venían surgiendo en América Latina y en Europa desde 2010.

Este artículo se propone abordar los aportes realizados por la teoría política para conceptualizar estos fenómenos contemporáneos. ¿En qué medida las categorías de movimientos sociales y acción colectiva siguen siendo válidas para comprender la actividad ciudadana del presente? La descripción y elaboración de nuevos conceptos es todavía incipiente, pero algunos autores han

realizado aportes relevantes. Se revisarán algunos de ellos considerando los rasgos que les atribuyen a los movimientos ciudadanos: acción conectiva, auto-comunicación de masas, rechazo de las mediaciones políticas tradicionales, singularidad, carácter narrativo-expresivo, contra-democracia, y meta-democracia.

Por otra parte, el abanico de nuevos movimientos ciudadanos parece ser muy amplio y diverso, va desde las protestas efímeras hasta las movilizaciones continuadas que se prolongan en asambleas donde se recrea la práctica de otra posible democracia. ¿Cómo entender las diferencias al interior del amplio abanico de formas nuevas de actividad ciudadana? El artículo busca ofrecer pistas para profundizar la conceptualización de lo que tienen común estas experiencias al mismo tiempo que de sus diferentes expresiones.

HACIA UNA TEORÍA DE LOS MOVIMIENTOS CIUDADANOS

En el siglo XXI, y especialmente en la última década se han producido, en distintas partes del mundo, movimientos ciudadanos con rasgos inéditos en el cruce entre el desarrollo de nuevas tecnologías y las transformaciones políticas mayores que pueden sintetizarse en el aumento de la desconfianza de los ciudadanos hacia las organizaciones políticas tradicionales. Sin contar la llamada Primavera Árabe que inauguró la década de 2010 con fuertes movimientos antiautoritarios, en contextos de democracias

consolidadas tuvieron lugar acontecimientos como los de Islandia en 2010, los Indignados en España, los movimientos *Occupy* en Estados Unidos, #YoSoy132 en México, las jornadas de junio de 2013 en Brasil, #NiUnaMenos en Argentina, y más recientemente, los Chalecos Amarillos en Francia y la Primavera Chilena. Vimos aparecer así formas de movilización y subjetividades políticas que no se correspondían bien con las categorías que veníamos empleando para nombrarlas, como las de acción colectiva o movimientos sociales.

Todavía no disponemos de una teoría que proporcione conceptos precisos para capturar la especificidad de los fenómenos contemporáneos, sin embargo, algunos autores han realizado interesantes aportes para avanzar en una buena caracterización de los movimientos ciudadanos. Touraine (1985) y Melucci (1995) fueron los autores principales que definieron a los nuevos movimientos sociales como propios de las sociedades postindustriales, orientados a temas específicos y postmateriales. Movimientos feministas, ecologistas, estudiantiles, antiracistas, pacifistas, eran ejemplos emblemáticos. Los nuevos movimientos sociales ya no estaban basados en las posiciones de clase compartidas por sus miembros, de modo que el concepto de identidad colectiva se había vuelto central para reemplazar la conciencia de clase. Algunos rasgos importantes de estos nuevos movimientos sociales fueron las fronteras comunes, estructura organizativa, liderazgos reconocidos, símbolos, y rituales compartidos (Flesher Fominaya, 2010).

Más allá de los matices entre las distintas líneas de estudio sobre movimientos sociales, pareciera ser que hubo una clara coincidencia sobre a menos tres elementos cuya presencia exige la categoría de movimiento social: identidad, organización e ideología compartida (Diani, 2015). Esto implica que en la concepción de los movimientos sociales eran tan importantes los momentos de desarrollo de acciones públicas visibles como los momentos latentes, en los que se realizaban actividades cotidianas como la propia preparación de las protestas (Melucci, 1995).

Las teorías de los movimientos sociales tuvieron así una afinidad con las teorías de la acción colectiva (Olson, 1965). Los movimientos sociales podían tener un repertorio de acción (Tarrow, 1997; Tilly, 1978) y llevaban a cabo acciones colectivas; a la inversa, la acción colectiva, para poder existir, tenía que superar los obstáculos de la racionalidad individual, de modo que suponía un conjunto de requerimientos que hacían que los movimientos sociales fueran los actores más indicados para practicarla. Los enfoques de la estructura de oportunidades políticas y de la movilización de recursos se preguntaron por las causas de la emergencia y/o del éxito de los movimientos reforzando la concepción de los actores como preexistentes a la acción. Como sintetizaron Bennet y Segerberg (2012), la acción colectiva es el resultado de organizaciones con recursos, capaces de ofrecer sanciones, incentivos o, como mínimo, identidades compartidas a sus miembros, para motivarlos a participar. A la luz de las protestas y movimientos que surgieron en la década de 2010 pareciera que la lógica de la acción colectiva no es ya la que predomina y que la teoría de lo que en su momento fueron nuevos movimientos sociales requiere alguna actualización. En efecto, identidad, organización e ideología compartida parecen estar hoy ausentes de las grandes movilizaciones a las que me refiero. Uno de los autores que ha hecho una contribución fundamental para comprender los movimientos contemporáneos es Rosanvallon (2007, 2012) inscribiendo estos fenómenos en una teoría de la democracia. Por un lado, el autor sostiene que nos encontramos en democracias postelectorales y en una época de desacralización



de las elecciones, dado que la ficción según la cual la legitimidad electoral otorgada a los gobernantes se prolonga luego en sus mandatos ya no es operante. Esto ha conducido a la emergencia de una contra-democracia: un conjunto de formas de organización y acción informales que cristalizan la desconfianza ciudadana frente a la democracia electoral. Entre los poderes contra-democráticos encontramos los de veto. Los mismos se expresan sobre todo mediante manifestaciones de rechazo a las decisiones de los gobernantes y encarnan la relevancia de la negatividad en la política contemporánea. En un mundo ya no estructurado por las confrontaciones ideológicas del pasado se ha vuelto más fácil formar mayorías de reacción que mayorías de acción. El autor compara así el rechazo con el proyecto: el primero es preferido al segundo porque obtiene resultados inmediatamente eficaces y cumple plenamente su objetivo; además, los rechazos son idénticos, pueden adicionarse fácilmente, de modo que demandas heterogéneas pueden unirse por lo que rechazan. Rosanvallon (2007) habla de un “pueblo-veto” para denominar esta tendencia creciente a la expresión ciudadana negativa. Cabe mencionar que muchas veces se observa un efecto multiplicador del rechazo: las manifestaciones que comienzan en rechazo a una decisión puntual pueden rápidamente tornarse contra los que gobiernan, o contra todos los dirigentes políticos, que aparecen como una casta privilegiada y separada de la ciudadanía (Annunziata, 2016). Por otro lado, el autor sostiene que nos encontramos en sociedades de la singularidad, en las que los individuos aspiran a ser

considerados como personas únicas, a que se reconozcan sus anhelos y necesidades específicas. El individuo contemporáneo no se concibe ya como perteneciente a una categoría o un grupo, se ha transformado en un individuo-historia, que necesita expresarse a sí mismo y ver reconocida su manera específica y singular de ser (Rosanvallon, 2012). Es por eso que los movimientos ciudadanos actuales son, sobre todo, movimientos de expresión, reclaman la posibilidad de narrar historias invisibles y revelan la urgencia de recobrar una dimensión narrativa de la representación.

Si este autor subrayó bien que los rasgos de negatividad y singularidad en los movimientos ciudadanos contemporáneos, no le prestó tanta atención al rol que juegan los medios digitales o las redes sociales en las movilizaciones. Otros autores han producido aportes conceptuales interesantes a partir del reconocimiento de la centralidad de las nuevas tecnologías en la constitución de sujetos y acontecimientos. Castells (2012) observó la emergencia de una nueva forma de comunicación, que denomina auto-comunicación de masas para enfatizar el hecho de que cada ciudadano se convierte en un medio y es capaz de crear acontecimientos públicos. Los movimientos ciudadanos del siglo XXI o movimientos sociales en red como los denomina el autor, constituyen redes horizontales de comunicación interactiva y multidimensional. Pueden ser convocados por activistas que no están organizados previamente y tienden a ser espontáneos, lo que implica que se vuelve menos importante quién hace la convocatoria que cómo se multiplican. No suelen ser programáticos, tienen infinitas motivaciones

y múltiples reivindicaciones y en lo que pueden coincidir, es en lo que no quieren, es decir, están marcados por la negatividad a la que se refiere Rosanvallon (2007). Por eso no pueden formalizar un programa, ni una organización estable, ni un liderazgo. Desconfían de la representación y de la delegación del poder. Los partidos políticos pueden aprovechar de distintos modos el clima que generan en la sociedad, pero en general no pueden cooptarlos.

Bennet y Segerberg (2012) realizaron una contribución importante para comprender los nuevos movimientos ciudadanos en la intersección entre los medios digitales y las formas contemporáneas de protesta, sin caer en el tecno-determinismo. Los autores mostraron cómo los conceptos clásicos de la acción colectiva ya no son suficientes para concebir las movilizaciones recientes. La lógica de la acción colectiva exige organización y recursos, incluyendo la posibilidad de ofrecer incentivos colectivos como la ideología. En esta lógica, los medios, incluyendo los medios digitales, son herramientas para transmitir los mensajes que los organizadores de la acción quieren difundir y cuyo sentido aspiran a controlar. Pero actualmente se han desarrollado formas de movilización que responden más bien a la lógica de lo que los autores denominan acción conectiva. En este caso, los medios digitales ya no constituyen meros canales de difusión, sino que colaboran en la creación de los acontecimientos y los sujetos, en la medida en que la comunicación se vuelve el principio organizativo mismo. Así, la lógica de la acción conectiva no exige identidades colectivas

estables ni recursos organizacionales. La acción conectiva es personalizada, cada participante se expresa a su manera. Participar de un acontecimiento colectivo es una forma de expresión personal, coincidiendo con el aspecto que Rosanvallon (2012) iluminaba con el concepto de singularidad. Para constatarlo, basta ver los carteles hechos en casa que se despliegan en las movilizaciones, la creatividad a la hora de inventar nuevos *slogans*, y la forma en que los ciudadanos participan creando contenido propio en las redes sociales para convocar a manifestaciones (Annunziata, 2016). Bennet y Segerberg (2012) no consideran que hoy en día sólo exista la acción conectiva; la misma convive con fenómenos que siguen la lógica de la acción colectiva más clásica. Los autores distinguen dos tipos de acción conectiva, uno de los cuales se acerca más a la acción colectiva. En el tipo polarmente opuesto a la acción colectiva no hay ninguna organización que organice la acción. Son, en cambio, los propios medios digitales los que cumplen la función de principio organizativo. *Occupy* o Indignados serían las experiencias emblemáticas. El segundo tipo de acción conectiva manifiesta un patrón híbrido, en el que puede haber organizaciones que impulsan, pero convocando a formas de participación y expresión personalizadas, de modo que no controlan del todo ni quiénes participan ni el mensaje que se transmite con la movilización. Muchas veces tienen lugar ciclos en los que la acción se va moviendo de un tipo al otro. Vale la pena señalar que, para los autores, la diferencia entre las lógicas no es temática: la acción conectiva puede tratar sobre los mismos



temas que la acción colectiva o los movimientos sociales clásicos (la diferencia está en la forma de constitución del sujeto que se moviliza).

Urbinati (2014) identifica un elemento que cruza a la mayoría de las experiencias: la retórica polarizante entre los pocos y los muchos, y el discurso anti-representativo o anti-establishment. Occupy Wall Street cristalizó de manera emblemática esta retórica en la fórmula del 99% frente al 1%. No obstante, Urbinati distingue entre los movimientos con retórica populista y los populismos: los primeros buscan mantener la independencia respecto de los gobernantes y vigilarlos permanentemente, resistiendo también volverse entidades que compitan electoralmente. Los segundos otorgan, en cambio, un rol central a los líderes.

Nunes (2014) ha subrayado el carácter de acontecimiento que tiene los movimientos ciudadanos contemporáneos; incluso sus nombres no indican entidades políticas y organizativas sino momentos impredecibles e intempestivos. Este carácter “acontecimental” es muy relevante y no siempre es reparado por los estudios sobre los movimientos contemporáneos, pero tiene implicaciones teóricas, como que los movimientos inesperados no pueden estudiarse desde la perspectiva de acciones que han sido planificadas. Si constituyen acontecimientos no podemos poner el foco en los actores, sino que debemos desplazarlo hacia la acción, en particular, hacia la acción visible en el espacio público (Arendt, 1958|2004). En el extremo, no hay un actor que preexista a la emergencia de estos movimientos- acontecimiento y que sea capaz de

oficiar de organizador; si algún sujeto o identidad colectiva puede aparecer es retrospectivamente. En este punto pareciera que se vuelve imprescindible retomar el enfoque de teóricos como Laclau (2000), que muestra la constitución retroactiva de las identidades, o Rancière (1995), que propone pensar a los interlocutores democráticos como personajes inéditos, que no existen antes de la interlocución como partes definidas del orden social. Por eso, suponer que se trata de movimientos con momentos latentes y momentos visibles puede hacernos perder una parte sustantiva de la comprensión de los movimientos ciudadanos contemporáneos.

A los rasgos mencionados hasta aquí, cabe agregar uno que no está presente en todos los casos, pero es una potencialidad de los movimientos contemporáneos. Es el que se podría denominar carácter meta-democrático (Annunziata, 2016). Esto significa que no producen o manifiestan un contenido propositivo concreto y unificado sobre el rumbo de las políticas –un programa–, pero sí defienden propuestas sobre el funcionamiento de la democracia misma, que incluyen la exigencia de un rol más activo para los ciudadanos. Sobre todo, los movimientos ponen en escena ellos mismos otra forma de tomar decisiones y de practicar la democracia: se organizan en asambleas, se reparten en comisiones, crean cabildos, deciden por consenso, impiden la consolidación de liderazgos, etc. Las experiencias meta-democráticas constituyen escenificaciones de otra democracia, que demuestran que la *performance* de la manifestación se vuelve constitutiva y no accesorio.



Recapitulando, si bien no disponemos todavía de un andamiaje conceptual completo ni de conceptos compartidos, varios trabajos recientes han hecho contribuciones fundamentales para construir la teoría de los movimientos ciudadanos contemporáneos. Sus rasgos se pueden sintetizar en que: no son organizados por organizaciones su dimensión organizacional es reemplazada por un rol preponderante de las redes sociales o medios digitales; tienen un carácter contra-democrático (la negatividad es constitutiva de su masividad); tienen un carácter auto-expresivo, son movimientos de la singularidad; son acontecimientos, impredecibles y no planificados, que crean a su vez nuevos sujetos; son potencialmente anti-establishment, se pueden originar en un rechazo puntual, pero desconfían de las organizaciones políticas tradicionales y los liderazgos y se vuelven fácilmente contra todo el sistema político; y son potencialmente meta-democráticos (si bien no tienen un programa o ideología unificada, recrean la experiencia de otra democracia mediante sus propias prácticas). Es por estos diversos atributos que propongo provisoriamente llamarlos movimientos ciudadanos. Con el uso de ciudadanos en lugar de sociales enfatizo que no se trata de movimientos que

tienen organizaciones preexistentes, recursos e identidades colectivas, con momentos latentes y momentos visibles de protesta. No se trata de actores que estén como tales en la sociedad, sino de sujetos que surgen en los propios acontecimientos públicos –podrían también denominarse movimientos post-sociales. La idea de ciudadanos remite también al carácter fuertemente individualizado de la participación y la pertenencia. Asimismo, se corresponde con el hecho de que, pudiendo su sentido ser reapropiado tanto por la izquierda como por la derecha, son movimientos que interpelan a la democracia como forma de distribución del poder y de toma de decisiones. A diferencias de nociones como movimientos de resistencia o revueltas populares, necesitamos un concepto que capture una forma de constitución y no un programa específico. Las experiencias son por cierto muy heterogéneas: algunas son mucho más efímeras que otras, se quedan en la negatividad y no se convierten meta-democráticas; algunas tienen un carácter híbrido porque involucran organizaciones preexistentes. Propongo aquí una forma de diferenciar diversos tipos de movimientos que pueden por supuesto combinarse o constituir distintos momentos de un ciclo mayor.

LA HETEROGENEIDAD DE LA EXPERIENCIA

Movimientos ciudadanos meta-democráticos

Veamos primero aquellos movimientos ciudadanos emblemáticos, que reúnen todos los

rasgos mencionados hasta aquí. En estos casos, protestas que pueden surgir contra una medida específica de un gobierno, se transforman en movilizaciones callejeras reiteradas y ocupaciones

de espacios públicos que duran por meses, poniendo en cuestión a toda la clase política y que ponen en escena la posibilidad de otra democracia. El caso emblemático parece ser el #15M español debido al desarrollo de asambleas que crearon formas innovadoras de deliberar y tomar decisiones (Castells, 2012; Nez, 2012).

El movimiento de los Chalecos Amarillos en Francia surgió a partir de una petición en la plataforma Change.org por la baja del precio de los combustibles y se prolongó mediante movilizaciones semanales y ocupaciones de rotondas por más de un año desde la primera protesta. En mayo de 2018, una cuentapropista de la región de Seine-et-Marne, lanzó una petición rechazando un impuesto al combustible que subía su precio, que se “viralizó” por las redes sociales, obteniendo más de un millón de firmas meses después (Bedock et al., 2019). En octubre de 2018, una hipnoterapeuta publicó un video contra el impuesto a los combustibles que tuvo más de 6 millones de vistas y un conductor de camiones, lanzó en Facebook una convocatoria a un bloqueo nacional para el 17 de noviembre. Ese día, cientos de miles de personas bloquearon rutas en las rotondas y peajes vestidas con un chaleco amarillo y se produjeron manifestaciones públicas en las ciudades, especialmente en París. La convocatoria fue muy exitosa, se contaron 2,000 bloqueos y más de 280,000 participantes (Bedock et al., 2019). A partir de ese día, las movilizaciones, denominadas actos, comenzaron a realizarse cada sábado, en noviembre reunían alrededor de 300,000 personas y se mantenían en alrededor de 100,000 personas meses después (Algan, Beasley, Cohen, Foucault, & Péron, 2019).

Un rasgo común en este tipo de movimientos es que, aunque los gobiernos retrocedan respecto de las medidas que desencadenaron las protestas, la multiplicación de demandas sigue en aumento. Las reivindicaciones de los Chalecos Amarillos se expandieron rápidamente más allá del precio del combustible (sobre la que se dio marcha atrás), recuperando el malestar por la caída del poder adquisitivo de los sectores bajos y medios y la falta de justicia social, así como por el funcionamiento de la democracia (Bedock et al., 2019). El movimiento adoptó como una de sus consignas el pedido de renuncia del presidente (*Macron, démission!*) y un referendo de iniciativa ciudadana. Aunque los partidos políticos intentaron cooptar al movimiento, éste buscó siempre mantener su perfil apartidario. Los Chalecos Amarillos expresaron una profunda desconfianza frente al Estado, a las organizaciones políticas y a toda forma de representación (Algan et al., 2019). Por eso fue recurrente que realizaran actos de violencia contra símbolos del Estado y lugares asociados a las élites. El espíritu meta-democrático se correspondió con formas novedosas de manifestación pública, sin trayectos establecidos ni banderas de partidos. Muchos participantes se manifestaban por primera vez y los antiguos militantes buscaban no exponer sus pertenencias organizacionales y rechazaban la participación de partidos o sindicatos en el movimiento (Bedock et al., 2019). Las protestas urbanas fueron acompañadas por ocupaciones de rotondas y bloqueos de rutas en las que se realizaban asambleas ciudadanas y mercados de productores.

Cuando todavía el movimiento de los Chalecos Amarillos estaba en pleno desarrollo, comenzó la Primavera Chilena. El 4 de octubre de 2019 se anunció un alza en la tarifa del sistema público de transporte de Santiago. El 7 de octubre un grupo de estudiantes del Instituto Nacional comenzó a sostener los molinetes del metro para evitar pagar el boleto, y se le fueron sumando estudiantes de otras escuelas; las autoridades del metro cerraron algunas estaciones hasta que el 18 de octubre se convocó a realizar ocupaciones y algunas estaciones y centros comerciales fueron incendiados, (González & Le Foulon Morán, 2020). Dos días después se declaró el estado de emergencia, pero siguieron las reuniones en los espacios públicos para manifestarse contra el gobierno. El 21 de octubre el congreso retrocedió con el aumento del transporte y se anunciaron otras medidas, pero estos anuncios no frenaron las protestas y días más tarde 1,200,000 personas se movilizaban en Santiago. Durante la sucesión de manifestaciones, cacerolazos y saqueos, aumentaban también los enfrentamientos con la policía y las denuncias de violaciones de derechos humanos (González & Le Foulon Morán, 2020).

Las protestas tuvieron participantes muy diversos y una gran heterogeneidad de demandas, no contaron con claros voceros ni dirigentes legitimados (González & Le Foulon Morán, 2020). Las organizaciones y movimientos sociales fueron marginales y durante las manifestaciones estaban más bien ausentes las banderas de los partidos, siendo los políticos uno de los principales blancos del movimiento (Somma, Bargsted, Disi Pavlic, & Medel, 2020).

Las reivindicaciones apuntaban a un mayor rol del Estado en materia de salud, educación, seguridad social, así como a la necesidad de una reforma constitucional. Además de su fuerte crítica a la clase política y al funcionamiento de la democracia el carácter meta-democrático de la primavera chilena estuvo dado especialmente por los cabildos que autoorganizaron en las calles, plazas y edificios municipales y en los que se comenzó a discutir la necesidad de una nueva constitución (Somma et al., 2020).

Movimientos ciudadanos híbridos

Durante los últimos años también hemos visto emerger movimientos que podrían inscribirse bien en la categoría de acción conectiva híbrida que describieron Bennet y Segerberg (2012), en la medida en que, si bien no son producto de una organización formal, muchas organizaciones y colectivos con existencia previa colaboran en la masividad y en el encuadre o puesta en sentido de los acontecimientos. #NiUnaMenos en Argentina puede ser ilustrativo. Una movilización convocada por las redes sociales con una consigna esencialmente negativa (“Ni Una Menos. Basta de Femicidios”) logró poner en agenda el problema de la violencia y las desigualdades de género como no lo hubieran podido hacer las organizaciones feministas que luchaban por la causa desde hacía mucho tiempo. El 3 de junio de 2015 se produjo en Buenos Aires y en otras ciudades argentinas una movilización masiva que reunió más de 200,000 participantes y se convirtió en *trending topic* mundial bajo la consigna #NiUnaMenos. Ante la noticia de un



nuevo femicidio el 11 de mayo un grupo de periodistas y comunicadoras impulsó a través de Twitter una manifestación. Las impulsoras no conformaban una organización y varias de ellas nunca se habían visto personalmente (Rodríguez, 2015). Si bien el movimiento feminista en Argentina tiene una amplia trayectoria, y organizaciones como la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito o la Casa del Encuentro venían trabajando en este campo, el #3J no constituyó simplemente una movilización del movimiento de mujeres. Las organizaciones y colectivos preexistentes no solían convocar más que a unas pocas personas a sus actividades públicas; en cambio, la viralización de la consigna en las redes, recuperada por figuras públicas, y personalidades del espectáculo, logró llegar a personas que nunca se habían movilizado (Annunziata & Gold, 2018). Además, se decidió atenuar el contenido más propio de las demandas feministas, sobre todo en torno a la legalización del aborto. La consigna negativa “Basta de Femicidios” permitió juntar a quienes rechazaban los asesinatos como expresión de un problema de inseguridad, con quienes concebían a los femicidios como el último eslabón de una cadena de violencias machistas contra las mujeres (Annunziata & Gold, 2018).

La movilización del #3J tuvo una fisonomía diferente a las mencionadas arriba: las banderas de partidos políticos de izquierda, de sindicatos y de colectivos feministas y culturales estuvieron muy presentes. Todas estas organizaciones contribuyeron también a la masividad y al impacto de la manifestación. #NiUnaMenos no

fue una movilización apartidaria ni reivindicó una distancia frente a todos los actores políticos y sociales organizados; más bien se significó como una movilización transpartidaria (Annunziata & Gold, 2018). A medida que se sucedieron movilizaciones posteriores en aniversarios del #3J o en los paros de mujeres se incorporaron consignas más feministas (i.e., derecho al aborto, las reivindicaciones de igual salario y reconocimiento de tareas de cuidado), y las organizaciones realizaron tareas preparatorias como asambleas y reuniones antes de las manifestaciones públicas (Annunziata, 2020). Incluso los que fueron nuevos movimientos sociales han sido transformados por la acción conectiva, expresando la tensión inherente a una participación colectiva que se vive como expresión individual, singular, como se constató en el #8M2017 cuando la mayoría de los asistentes decían participar como ciudadanas independientes a pesar de marchar con la columna de su partido o sindicato (Annunziata, 2020).

Movimientos ciudadanos de veto

Muchos de los movimientos no tienen un alcance meta-democrático y permanecen más bien como ciclos de protestas o movimientos de veto. Al ser más efímeros y no llegar a poner en crisis a todo el sistema pueden terminar siendo apropiados por las oposiciones políticas a los gobiernos de turno. #YoSoy132 en México puede ser una ilustración. Surgió en 2012, en el marco de la campaña presidencial del candidato Enrique Peña Nieto y la parcialidad de los medios de comunicación. En

ocasión de una visita del candidato a la Universidad Iberoamericana un grupo de estudiantes realizó una protesta que obligó a Peña Nieto a dejar la universidad. Miembros de su equipo difundieron un video denunciado que los manifestantes no eran estudiantes sino agitadores y que habían sido llevados por la oposición; los medios de comunicación se hicieron eco y hablaban de un boicot al candidato (Welp, 2015); a lo cual los 131 estudiantes respondieron con otro video en el que cada uno de ellos se presentaba y mostraba sus credenciales universitarias. Este video se

viralizó y recibió el apoyo de otros estudiantes, surgiendo así el *hashtag* #YoSoy132. El movimiento, que buscó presentarse con un perfil apartidario, convocó a varias movilizaciones en las que llegaron a participar 90,000 personas, pero su desmovilización comenzó a producirse con la cercanía de las elecciones presidenciales que darían ganador a Peña Nieto. También pueden ilustrar este tipo de movimientos las jornadas de junio en Brasil (Bringel, 2017) o los cacerolazos de 2012-2013 en Argentina (Annunziata & Gold, 2018).

CONCLUSIONES

Las páginas precedentes muestran que se está produciendo un prolífico trabajo en torno a las movilizaciones y los movimientos contemporáneos. Este artículo señala una ruta de análisis que especifica sus características como un nuevo tipo de movimientos ciudadanos o postsociales. Dos tareas parecen quedar pendientes. La primera, generar un acuerdo sobre los conceptos y las posibles tipologías; este artículo no aspira a cumplirla sino a explicitar el llamado para ir en esa dirección. La segunda tarea pendiente es poder inscribir una teoría de los movimientos ciudadanos en una teoría de la democracia contemporánea. Una comprensión de movimientos que rechazan el liderazgo y los partidos tiene que ir de la mano de una comprensión de las transformaciones de la representación política. Del mismo modo, para conceptualizar profundamente a movimientos en los que la comunicación reemplaza la organización,

necesitamos apoyarnos en una lectura sobre las transformaciones del espacio público.

Para cerrar, cabe hacer una reflexión en tiempos de pandemia global. Sin dudas la pandemia y las medidas de aislamiento social tomadas por los gobiernos, han significado un golpe a los movimientos ciudadanos. La Primavera Chilena y los Chalecos Amarillos fueron interrumpidos por el COVID-19. Pero gracias a la lógica de la acción conectiva, podemos conjeturar que los movimientos ciudadanos contemporáneos son muy resilientes y podrán recomponerse fácilmente. También se convocaron acciones a pesar del aislamiento, como el “ruidazo” en Argentina contra el aumento de femicidios. En definitiva, estos movimientos demuestran adaptarse bien a situaciones en las que participar se identifica con expresarse personalmente, y desde el espacio límite entre lo privado y lo público como es una ventana o un balcón.



REFERENCIAS

- Algan, Y., Beasley, E., Cohen, D., Foucault, M., & Perón, M. (2019). *Qui sont les filets jaunes et leurs soutiens?* (Nota N° 3 del Observatoire du Bien-être). Recuperado del sitio de Internet del CEPREMAP: <http://www.cepremap.fr/2019/02/note-de-lobservatoire-du-bien-etre-n2019-03-qui-sont-les-gilets-jaunes-et-leurs-soutiens>
- Arendt, H. (1958|2004). *La condición humana*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Paidós.
- Annunziata, R. (2016). Entre la gestión y la negatividad. Aportes para una conceptualización de las nuevas formas no electorales de participación. En F. Mayorga (Comp.), *Elecciones y legitimidad democrática en América Latina* (pp. 313-342). La Paz, Bolivia: Plural Editores.
- Annunziata, R. (2020). La acción conectiva de las mujeres. Análisis de la movilización del #ParoInternacionalDeMujeres del 08 de marzo de 2017. *Dígitos. Revista de Comunicación Digital*, (6), 159-180. doi: 10.7203/rd.v1i6.177
- Annunziata, R., & Gold, T. (2018). Manifestaciones ciudadanas en la era digital. El ciclo de cacerolazos (2012-2013) y la movilización #NiUnaMenos (2015) en Argentina. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 57(233), 363-388. Recuperado de <https://www.ides.org.ar/noticia/no-223-desarrollo-economico-revista-ciencias-sociales>
- Bedock, C., Bendali, Z., Bernard de Raymond, A., Beurier, A., Blavier, P., ... Walker, É. (2019). Enquêter in situ par questionnaire sur une mobilisation: Une étude sur les gilets jaunes. *Revue française de science politique*, 69(5), 869-892. doi: 10.3917/rfsp.695.0869.
- Bennet, L. W. & Segerberg, A. (2012). The logic of connective action. *Information, Communication & Society*, 15(5), 739-768. doi: 10.1080/1369118X.2012.670661
- Bringel, B. (2017). Crisis política y polarización en Brasil: De las protestas de 2013 al golpe de 2016. En B. Bringel & G. Pleyers (Eds.), *Protesta e indignación global. Los movimientos sociales en el nuevo orden mundial* (pp. 141-154). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Castells, M. (2012). *Redes de esperanza e indignación*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Diani, M. (2015). Revisando el concepto de movimiento social. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, (9), 1-16. Recuperado de <https://recyt.fecyt.es/index.php/encrucijadas/article/view/79024>
- Flesher Fominaya, C. (2010). Collective identity in social movements: Central concepts and debates. *Sociology Compass*, 4(6), 393-404. doi: 10.1111/j.1751-9020.2010.00287.x



- González, R., & Le Foulon Morán, C. (2020). The 2019–2020 Chilean protests: A first look at their causes and participants. *International Journal of Sociology*, 50(3), 227-235. doi: 10.1080/00207659.2020.1752499
- Laclau, E. (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Nueva Visión.
- Melucci, A. (1995). The process of collective identity. En H. Johnston & B. Klandermans (Eds.), *Social movements and culture* (pp. 41–63). Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Nez, H. (2012). Délibérer au sein d'un mouvement social. Ethnographie des assemblées des Indignés à Madrid. *Participations*, 3(4), 79-102. doi: 10.3917/parti.004.0079
- Nunes, R. (2014). Generación, acontecimiento, perspectiva. Pensar el cambio a partir de Brasil. *Nueva Sociedad*, (251), 42-54. Recuperado de https://nuso.org/media/articulos/downloads/4027_1.pdf
- Olson, M. (1965). *The logic of collective action*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Rancière, J. (1995). *La mésentente: politique et philosophie*. Paris, Francia: Ediciones Galilée.
- Rodríguez, P. (2015). *#NiUnaMenos*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Planeta.
- Rosanvallón, P. (2007). *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Manantial.
- Rosanvallón, P. (2012). *La sociedad de iguales*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Manantial.
- Somma, N., Bargsted, M., Disi Pavlic, R., & Medel, R. (2020). No water in the oasis: the Chilean spring of 2019–2020. *Social Movement Studies*. Publicación anticipada en línea. doi: 10.1080/14742837.2020.1727737
- Tarrow, S. (1997). *Poder en movimiento. Movimientos sociales, acción colectiva y política*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Tilly, C. (1978). *From mobilization to revolution*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Touraine, A. (1985). An introduction to the study of social movements. *Social Research*, 52(4), 749-787. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/40970397?seq=1>
- Urbinati, N. (2014). *Democracy disfigured. Opinion, truth, and the people*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Welp, Y. (2015). Cuando todo lo sólido se desvanece en Twitter. Análisis del movimiento social #Yosoy132 (México 2012). *PostData. Revista de Reflexión y Análisis Político*, 20(2), 417-439. Recuperado de <http://www.revistapostdata.com.ar/2016/01/cuando-todo-lo-solido-se-desvanece-en-twitter-analisis-del-movimiento-social-yosoy132-mexico-2012-when-all-that-is-solid-melts-in-to-twitter-a-study-of-the-social-movement-yosoy132-mexico-2012/>

Manuscrito recibido: 25-03-2020
Manuscrito aceptado: 10-07-2020